

Mujeres e indígenas: dimensión local y acción política. El comité cívico Xel-ju de Quetzaltenango

Gemma Celigueta Comerma

Gemma Celigueta Comerma: antropóloga guatemalteca por la Universidad de Barcelona; doctoranda en Antropología Social en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, París.

Palabras clave: indígenas, género, política, Guatemala.

Resumen:

Este ensayo intenta mostrar los intereses y contradicciones que existen entre los diferentes actores de la escena social guatemalteca a nivel local, mostrándonos cómo los indígenas y las mujeres se están proyectando en el campo de la política, gracias a la coyuntura heredada de los últimos 40 años, dominados por una guerra entre la guerrilla y el gobierno, que acaba de terminar. Analizaremos esto a través del caso de Xel-ju, comité cívico indígena de la ciudad de Quetzaltenango que ganó las elecciones municipales en los pasados comicios de 1995 y puso por primera vez en la historia de esta ciudad –la segunda en importancia después de la capital–, un alcalde indígena.

La Guatemala contemporánea comienza una nueva etapa histórica con la firma de la paz entre el gobierno y la guerrilla, a fines de 1996. El término de la guerra civil de 36 años ha sido posible gracias a los acuerdos de paz que se han firmado entre las dos partes, entre los cuales se destacan el Acuerdo de Identidad y Derechos de los Pueblos Indígenas de Guatemala (firmado en marzo de 1995), logro político indígena que se inscribe en las lógicas de reivindicación étnica que se viven en el país.

La participación de los indígenas y de las mujeres en esta guerra y en múltiples organizaciones de carácter social como sindicatos, cooperativas, grupos religiosos, asociaciones de afectados por la violencia, etc., han dejado como herencia una gran capacidad de movilización de estos actores para la acción social, sobretudo a nivel local, cuya lógica es en estos momentos mayoritariamente étnica.

Explicitar las condiciones que fueron necesarias para que se produjera esta participación, así como analizar el salto que estos actores están realizando

elecciones municipales de 1995 en Quetzaltenango², mediante un programa realizado por indígenas y para indígenas, Claramente vinculado con las reivindicaciones étnicas que vive el país, el programa del comité no fue lo único que les llevó a la victoria. Según Xel-ju, su elección se debió a la participación de «sus mujeres», es decir esposas, madres, hermanas, amigas y vecinas... de los candidatos, que movilizaron sus redes sociales, realizando todo un trabajo de «proselitismo político», visitando a sus amigas, realizando talleres de costura y repostería o hablando en el mercado.

Estas mujeres maya-quichés forman actualmente el Comité Femenino Municipal de Quetzaltenango. que lleva dos años funcionando: cómo conciben estas mujeres su participación en política y cuáles son las causas que las llevaron a organizarse y participar, son algunas de las preguntas más concretas que intentaremos responder.

Lo local y la acción política de las mujeres e indígenas

La inclusión de mujeres e indígenas en un mismo espacio, aunque diferenciándolos, remite a dos motivos principales. En primer lugar, la categoría de *mujeres*, en tanto referente de prácticas y discursos de movilización, se desarrolla gracias a la apertura propiciada por la categoría de *indígenas*, durante los años 70, al presentarse como minorías étnicas, discriminados culturalmente además de política, social y económicamente, e introduciendo problemáticas diferentes a aquellas cristalizadas en torno a las categorías de «pobres» o «campesinos». El hecho de conceptualizar a los indígenas como discriminados por ser diferentes, permite la introducción de otro tipo de reivindicaciones entre las que se encuentran las de género. Así parecen entenderlo también en Xel-ju, al afirmar «La lucha de la mujer es la misma que la del indígena, nos hicieron invisibles, hemos luchado y ya nos están dando nuestro espacio» (sindicado de Quetzaltenango entrevistado en abril de 1997). En efecto, Xel-ju considera que los partidos políticos «tradicionales» discriminan a los indígenas, a las mujeres y a los jóvenes y proponen la participación de todos los ciudadanos en la toma de decisiones de la comunidad, organizándose en base a su común pertenencia al pueblo maya.

En segundo lugar, tanto los indígenas como las mujeres se están expresando políticamente en el terreno de lo local. Para los indígenas, lo local se perfila como el espacio que está en contacto más directo con los ciudadanos. Los asuntos de la comunidad son los que les atañen más directamente y a través de su inclusión en la toma de decisiones, los indígenas pueden gozar de una democracia un poco más participativa, siendo éste el único espacio en el que inciden políticamente.

Desde los tiempos de la Conquista el gobierno local ha sido, y es todavía para los mayas, un laboratorio político. En él experimentaron las alcaldías indígenas en los tiempos de la Colonia y de la República, y en él son escogidos los actuales alcaldes de las zonas rurales pobladas por indígenas. En las grandes zonas urbanas, como Quetzaltenango, los alcaldes acostumbran ser ladinos. Sin embargo existen los alcaldes auxiliares (alcaldes de barrios, parajes,

por ser rurales, suelen estar habitadas por indígenas. A través de estas instituciones los mayas han combinado su sistema tradicional de autoridad con las exigencias de los alcaldes ladinos y del gobierno central. Por todo ello pensamos que lo local ha sido y es todavía el medio de expresión política de los indígenas de Guatemala. El espacio público en el que más participan las mujeres es el local: el municipio, la aldea, la comunidad... ya que son lugares en los que ejercen los roles que tienen asignados socialmente. Es decir: esposas, madres, vendedoras en pequeños comercios, comadronas, catequistas...

Un estudio de Vicky Randall³ sobre la acción política de las mujeres en múltiples países demuestra como éstas se interesan e involucran activamente en asuntos que atañen a sus localidades, participando en asociaciones de vecinos y otras organizaciones comunitarias. Esto les permite no solamente mejorar el bienestar de su familia, sino sobre todo aspirar a nuevas experiencias de sociabilidad, lo que les otorga un mayor acceso a otros espacios sociales, además de tener la posibilidad de mejorar su autoestima, dar a conocer sus demandas y eventualmente formarse y ejercer un liderazgo.

En efecto, las organizaciones políticas en las que más están participando las mujeres guatemaltecas son las que tienen un radio de acción local, a pesar del bajo número de mujeres en las directivas. Cuando esta participación se produce en una organización política que proviene directamente de una experiencia social, como es el caso de los comités cívicos electorales, su participación es aún más importante.

Además de ser el espacio en el que se expresan políticamente las mujeres y los indígenas, lo local se revela como el lugar de conflicto en el que actualmente se están enfrentando los intereses de los diferentes actores sociales en Guatemala. Diferencias culturales, socioeconómicas y religiosas, crean intereses opuestos sacudiendo la escena social. En Guatemala existen 22 etnias y lenguas distintas, además de la histórica distinción entre indígenas y ladinos que divide al país en mitades desde la Conquista. La distinción cultural, pero también social y económica, actualmente algunos indígenas intentan transformarla en distinción política. El comité cívico Xel-ju se inscribe en este proceso general de reivindicación étnica que recorre Guatemala y muchos otros países del mundo. En este sentido, Xel-ju se reivindica como «sector político del pueblo maya», colocando al primer indígena de la historia en una alcaldía de Quetzaltenango.

El municipio de Quetzaltenango es un caso particular en Guatemala. Si bien una parte de su población indígena vive en el área rural y la población ladina se concentra en el área urbana, en la ciudad también habita un gran número de indígenas autóctonos nacidos en Quetzaltenango. El comité cívico Xel-ju representa políticamente a lo que podríamos identificar como una *clase media indígena urbana*. Algunas pistas apoyan esta afirmación, como el hecho de que comparten un cierto capital cultural y económico. En efecto, la mayoría posee un comercio propio o ejerce una profesión liberal –médico, gestor, maestro o artista, habiendo pasado por la universidad. Algunos entienden el quiché pero

Por otro lado, según Jesús García-Ruiz⁴ parte del conflicto político guatemalteco está trasladado al campo de lo religioso desde los años 50. El importante rol de la Iglesia Católica en los procesos de concientización y politización del indígena, el resurgimiento de la llamada «espiritualidad maya» y la significativa expansión del protestantismo de tipo pentecostal en las dos últimas décadas crean, además de una gran competencia religiosa, una nueva división en el seno de las identificaciones étnicas. En ese sentido los mayas, como la mayoría de las sociedades tradicionales, no separan el campo cultural del campo religioso, siendo difícil distinguir cuándo se acaba uno y comienza otro. Así, ciertas organizaciones próximas a los movimientos de reivindicación étnica, incorporan varios elementos de la religiosidad maya en los cursos y seminarios que dan a los indígenas, como el calendario sagrado de 260 días.

Ejemplificaremos la complejidad de este conflicto con el extracto de una de nuestras entrevistas (abril de 1997) a una señora de Xel-ju:

Doña X: Llevo 25 años de estar casada, tratando de llevar una vida recta y honesta, y se ha mantenido eso en mi matrimonio, hemos sabido comprender nuestras diferentes ideas a pesar de que yo soy evangélica y él es maya.

¿Qué diferencia hay entre el católico, el evangélico y el maya?

El evangélico cree en Dios, el católico cree en las imágenes y el maya no lo conozco.

¿Pero usted es maya?

No, yo no soy maya, soy evangélica.

¿Pero usted lleva el traje?

Sí, porque soy indígena

El comité cívico Xel-ju y las elecciones de 1995

Numerosos son los motivos que llevan a la creación de un comité cívico, pero la mayoría surge de la experiencia de un grupo local en una acción social dentro de su municipio. como una asociación de vecinos, un comité pro-mejoramiento o una asociación cultural. En determinado momento, y normalmente empujados por los mismos líderes que generan, estas organizaciones sociales deciden lanzarse hacia la política, sintiéndose más legitimados para representar a su municipio frente al Estado y más capacitados para conocer las necesidades de sus vecinos, que los clásicos partidos políticos nacionales.

Como organización política surgida de una iniciativa local y social, hay más mujeres e indígenas en los comités cívicos que en los partidos políticos; el Xel-ju no es una excepción. Se presenta como símbolo de una nueva forma de hacer política, apoyado en los valores de la comunidad y opuesto a todo aquello negativo que representan los partidos políticos, como la corrupción o el tráfico de influencias.

Xel-ju nació hace unos 25 años, con la inquietud de crear una organización donde los indígenas pudieran participar, incidir y discutir conjuntamente sobre temas de importancia para su comunidad. Después surgió la idea de crear un comité cívico indígena electoral, que se presentó por primera vez en las elecciones de 1974 y una segunda vez en 1978. Sin embargo los fraudes

buena campaña. La cuarta vez que Xel-ju se presentaría a las elecciones, en 1995, lo haría para ganar. En palabras de uno de sus fundadores, el año «1995 es la expresión de la mayoría de edad, de planteos consistentes, de un desarrollo a partir del poder local, con la presentación de un proyecto incluyente, que no excluye ni a la población rural, ni a las mujeres. ni a los jóvenes, un proyecto en el que hay una gran participación».

Fuera del período electoral, Xel-ju se convierte en una asociación cultural (no legalizada), por lo que detenta otras funciones, la más importante de las cuales es evidentemente ampliar la base social de apoyo del comité cívico, concientizando sobre los derechos de las mujeres o de los indígenas, buscando organizaciones (fundaciones, ONGs e instituciones internacionales), que den apoyo económico para realizar actividades, conferencias, reuniones o cursos, además de formar y capacitar a sus propios miembros, e irse preparando para las siguientes elecciones.

Una campaña electoral requiere de mucha organización y coordinación entre los miembros del comité. Para empezar, precisan de 500 firmas que deben recogerse en un plazo muy corto, pero sobre todo necesitan darse a conocer, puesto que el comité cívico no tiene una referencia nacional como es el caso del partido político. Para paliar estas limitaciones, en 1995 se organizaron diversos subcomités dentro de Xel-ju, que correspondían a subdivisiones territoriales del municipio (barrios, calles o colonias). Cada subcomité confeccionaba un plan de trabajo que reflejaba las demandas específicas de su sector. De esta manera la campaña podía hacerse eco de las necesidades de todos los vecinos del municipio.

Esta estrategia de Xel-ju también permitió ampliar su base social de trabajo, incluyendo diversas organizaciones de barrios, ya constituidas por vecinos que se habían reunido deseando mejorar algún aspecto concreto de su comunidad, como por ejemplo pavimentar una calle. También crearon nuevos sub-comités que trabajaban para mejorar los barrios, a la vez que se encargaban de reclutar a nuevos vecinos para Xel-ju. Todos los integrantes de los subcomités y simpatizantes de Xel-ju formaban también parte de las tres ramas en las que estaba dividido el comité cívico (juvenil, femenina y masculina), de esta manera podían abarcar todos los espacios de la escena social.

Ciertos comités como Xel-ju han considerado, entre otras cosas, la fuerza de; grupo familiar, institución de base compartida que clasifica en padres, madres e hijos a todos los vecinos de; municipio, aprovechando la división sexual del trabajo y manejando a la perfección el funcionamiento de las relaciones sociales del lugar. En ese sentido, el «factor mujer», como le llamaban, fue previsto y tenido en cuenta por Xel-ju antes de ganar las elecciones en 1995. Se promovió su movilización y se aprovechó las redes sociales y los espacios que controlaban estas mujeres en los mercados, en el hogar o en la ayuda social.

La participación femenina

Desde nuestro punto de vista, se puede analizar el papel que jugaron las

hormiga». Consistía en ir de casa en casa, exponiendo los motivos de su visita. Allí se dieron cuenta de las necesidades y los deseos de las mujeres con las que hablaban, creando un grupo de bordado a máquina en el área rural y cursos de repostería en la zona urbana. Esto les permitía hacer propaganda para sus esposos-parientes-vecinos-conocidos, de una manera diferente a la realizada en los mítines organizados por sus maridos, promoviendo la organización de grupos y sobre todo mostrando lo que significaba la política para estas mujeres: la ayuda social y el apoyo al esposo, pariente o conocido.

Las mujeres tenían a su cargo dos tareas más de vital importancia para el comité: hacer que la mujer votara y preparar kermeses y fiestas con los que obtener el dinero necesario para la campaña.

Según Rigoberta Menchú⁵, en los comicios de 1995, el 90% de las mujeres guatemaltecas no estaban empadronadas y por lo tanto no podían votar. El hecho es que la carencia de documentación de la mayoría de las mujeres en Guatemala, es un verdadero *handicap* para la participación electoral femenina, por lo que una gran mayoría de los comités cívicos dedica una parte muy importante de su dinero y esfuerzos a proporcionar documentación a aquellos que no la tienen, normalmente mujeres e indígenas del área rural. Así, las señoras de Xel-ju apuntaban los nombres de las mujeres que no tenían su cédula para votar, las citaban para otro día y pasaban a buscarlas en coche para llevarlas a la sede de Xel-ju, dónde había fotógrafos y gentes que las ayudaban a completar la papelería necesaria para finalmente poder ejercer el voto.

En efecto, por las condiciones legales de su formación y por ser organizaciones de carácter local, los comités cívicos deben su victoria, en gran medida, al grado de movilización que han sido capaces de crear en sus conciudadanos. En nuestro análisis concreto de las mujeres de Xel-ju y las causas de su movilización primero, y su participación después, llegamos a las siguientes conclusiones:

La mayoría de las mujeres que apoyan a Xei-ju de manera activa, es decir participando y promoviendo sus actividades, forman parte de la clase media indígena y urbana que intentábamos definir anteriormente. Tienen tienda propia o trabajan con su marido en el negocio familiar, casi no han estudiado, conservan el traje indígena y también alguna de las costumbres como el pedimento de la novia o el matrimonio, a pesar de no hablar quiché.

Estas mujeres no tenían ninguna experiencia en la participación política antes de entrar en Xel-ju, aunque algunas de ellas si habían participado en organizaciones religiosas. En su actividad política, aplican por lo tanto su experiencia como madres, esposas, trabajadoras y amas de casa, justificando sus acciones por el hecho de ser mujeres y por lo tanto conocer sus necesidades: «Nuestra experiencia como mujeres, amas de casa y madres de familia, se ha constituido en un elemento importante para desarrollar un programa que atienda directamente el trabajo de la mujer. sin desligarla del espacio y el papel que le pertenece dentro de su familia y comunidad» (informe 1997 del Comité Femenino Municipal).

ideas. A pesar de ello, la mayoría de estas mujeres son receptivas a aquellas ideas que exponen la necesidad de que las mujeres y los indígenas se organicen y participen en la toma de decisiones del municipio, no obstante creemos que esta concientización no es la causa de la movilización, sino más bien su consecuencia. Esta participación en la política es concebida como una ayuda o un apoyo, ya sea al esposo/pariente/amigo/compadre o a la comadre/pariente/amiga, como a las mujeres del área rural.

Su participación en Xel-ju es vivida por las mujeres como ocasión de aprender nuevas cosas, de organizarse y colaborar en el desarrollo del estatus de las mujeres y de los indígenas en la sociedad, además de ser la ocasión para crear nuevas amistades o reforzar las antiguas. Esto es posible gracias a las cenas o las salidas conjuntas, que crean un ambiente de confraternidad. No obstante, las mujeres consideran este trabajo voluntario como un sacrificio, puesto que implica una tarea adicional a sus ya cargadas dobles jornadas de trabajo (casa y negocio).

Cabe mencionar que a menudo el inicio de estas mujeres indígenas en la participación política significa una exclusión consciente y voluntaria de la misma. Es decir, aquellas mujeres cuyos maridos pretenden proyectarse en política, deciden apoyarlo y ayudarlo ocupándose plenamente de los hijos, el hogar y el negocio de él y de ella. De esta manera, el esposo puede dedicar mucho más tiempo a su actividad. No debemos pensar que la participación de estas mujeres en política cuestiona los espacios ocupados tradicionalmente por ellas mismas o los modelos de género; su participación pretende introducir y proyectar a las mujeres a nuevos espacios que habían estado tradicionalmente ocupados por los hombres como son aquellos que se relacionan con la política.

Conclusiones

Xel-ju nos ha permitido observar un cambio político en la escena social guatemalteca, a través de la progresiva proyección que están teniendo los indígenas de Quetzaltenango, y en nuestro caso concreto las indígenas, en el campo de la política, Las mujeres de Xel-ju nos han mostrado el paso que están dando algunos actores guatemaltecos. del campo de lo social al campo de lo político, indicando cómo la ideología de los géneros puede relacionarse con la etnicidad. En esta línea, la introducción de la variable «mujer» o «mujeres» en el discurso político guatemalteco, se produce después de aparecer el «problema indígena», conceptualizado como grupos discriminados en tanto que «minorías étnicas» y no como «clase social».

En este sentido, la aparición de movimientos de reivindicación étnica abre las puertas a otros tipos de reivindicaciones. No obstante, esta tendencia puede bloquearse por el hecho de que en el seno de los movimientos indígenas existen grupos que reivindican la totalidad de la pertenencia étnica y niegan en su interior todo tipo de diferencias que no se identifiquen con su interpretación del modelo «maya». De este modo la religión es la primera fuente de conflictos en relación con la etnicidad. También las diferentes ideologías de los géneros

Comité Cívico Xel-ju: «Fundamentos básicos» en *Xel-ju* 95 N° 1, Quetzaltenango, 7/1995.

Le Bot, Y.: *La guerre en terre maya: Communauté, violence et modernité au Guatemala*, Karthala, Paris, 1992.

La ilustración acompañó al presente artículo en la edición impresa de la revista

